

Inmobile, sans voix, accablé de langueur,
D'un tintement soudain mon oreille est frappée,
Et d'un nuage obscur ma vue en développée:
Un feu vif et subtil se glisse dans mon coeur.

El *intinuant aures* nunca se ha traducido mejor.

Perdónense estos detalles literarios; no es fácil resistir á una inclinación arraigada, y además, ¡cuánto sirven para templar la aridez de la historia, y para completar el retrato moral de los personajes! Consuélese el lector con que nuestros heterodoxos de este siglo suelen ser gente de poca y mala y nada clásica literatura, y que han de entretenernos poco con su latín ni con su griego.

Animado Marchena con el buen éxito de sus embustes, quiso repetirlos; pero esta vez con poca fortuna, por aquello de *non bis in idem*. Escribió, pues, cuarenta exámetros á nombre de Catulo, y como si fueran un trozo perdido del canto de las Parcas en el bellissimo *Epitalamio de Tísis y Peleo*, y los publicó en París, el año 1806 ¹ en casa de Fermin Didot, con un prefacio de burlas en que zahería poco caritativamente la pasada inocencia de los sesudos filólogos alemanes: «Si yo hubiera estudiado latinidad (decía) en el mismo colegio que el célebre doctor en teología Lallemand, editor de un fragmento de Petronio, cuya autenticidad se demostró en la *Gaceta* de Jena, yo probaría, comparando este trozo con todo lo demás que nos queda de Catulo, que no podía ser sino suyo, pero confieso mi incapacidad, y dejo este cuidado á plumas más doctas que la mía».

Pero esta vez el supuesto *papiro herculanense* no engañó á nadie, ni quizá Marchena se había propuesto engañar. La insolencia del prefacio era demasiado clara: los versos estaban henchidos de alusiones á la revolución francesa y á los triunfos de Napoleón, y además se le habían deslizado al hábil latinista algunos *lapsus* de prosodia y ciertos arcaísmos afectados que Eichstaedt, profesor de Jena, notó burlescamente como variantes.

¹ *Catulli fragmentum*. París, 1806. Firminus Didot. (No hay más portada que ésta.) Le reimprimió Fed. Schoell, en su *Répertoire de littérature ancienne*. (París, 1808, págs. 184 á 188), con las correcciones de Eichstaedt, publicadas en un programa de la Universidad de Jena el 7 de Agosto de 1807, con ocasión del nombramiento de nuevo rector.

Eichstaedt dice de Marchena: «*Josephus Marchena, natione Hispanus, inter Franco-gallos bellicosus virilis non minus quam scientia clarus, cacterum, ut Catullino quodam praeconio omnia com-*

En mis *Estudios Pédicos* está traducido en verso castellano el fragmento de Marchena, tal como se publicó al principio, y sin los versos que añadió Eichstaedt.

El aliento lírico del supuesto fragmento de Catulo es muy superior al que en todos sus versos castellanos mostró Marchena. ¡Penómeno singular! Así él como su contemporáneo Sanchez Barbero eran mucho más poetas usando la lengua sábia que la lengua propia. Véase una muestra de esta segunda falsificación:

Virtutem herois non finiet Hellespontus.

Victor lustrabit mundum, qua maximus arva
Aetiopum ditat Nilus, qua frigidus Ister
Germanum campos ambit, qua Thybridis unda
Laeta fluentisona gaudet Saturnia tellus.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi:

Hunc durus Scytha, Germanus Dacusque pavebunt.
Nam flammae similis, quom ardentia fulmina coeli
Juppiter iratus contorsit turbine mista,
Si incidit in paleasque leves, stípulasque sonantes,
Tunc Eurus rapidus miscens incendia victor
Saevit, et exultans arva et silvas populatur:
Hostes haud aliter prosternens alter Achilles
Corporum acervis ad mare iter fluviis praeccludet.
Currite, ducentes subtemina, currite, fusi.

At non saevus erit, cum jam victoria laeta
Lauro per populos spectandum ducat ovantem,
Vincere non tantum norit, sed parere victis.

Además de estos trabajos, publicó Marchena en Francia muchos opúsculos políticos é irreligiosos (de que he logrado escasa noticia) y algunas traducciones. Entre los primeros figuran un *ensayo de teología* ¹, que fué refutado por el Dr. Haecckel en la cuestión de los clérigos juramentados, no sin que Marchena aprovechase tal ocasión para declararse *espinosista*: algunas *reflexiones sobre los fugitivos franceses*, escritas en 1795, y *El Espectador Francés*, periódico de literatura y costumbres que empezó á publicar en 1796, en colaboración con Valmalette, y que no pasó del primer tomo, reducido á pocos números.

Después de la desgracia de Moreau, Marchena se hizo bonapartista y fogoso partidario del Imperio, que consideraba como la última etapa de la Revolución, y primera de lo que él llamaba *libertad*

¹ *Essai sur la Théologie*, Paris, 1797.—Heckel á Marchena sur les pretres sermentés 8.^o Quelques réflexions sur les fugitifs français, 1795, 8.^o—*Le Spectateur Français*. Año V. 1796, 12.^o

de los pueblos, es decir, el entronizamiento de las ideas de Voltaire, difundidas por la poderosa voz de los cañones del César corso. No entendía de otra libertad, ni otro patriotismo Marchena, aunque entonces pasase por moderado y estuvieran ya lejos aquellos días de la Convención, en que él escribía sobre la puerta de su casa: «*Ici Ton enseigne l'athéisme par principes*».

La verdad es que no tuvo reparo en admitir el cargo de secretario de Murat, cuando en 1808 fué enviado por Napoleón á España. Acción es esta que basta para deshonorar á Marchena, cuando recordamos que ni siquiera la sangre de Mayo bastó á separarle del infame verdugo del Prado y de la Moncloa. ¡Cuán verdad es que, perdida la fé religiosa, no tiene el patriotismo en España raíz ni consistencia, ni apenas cabe en lo humano que quien reniega del agua del bautismo y escarnece todo lo que sus padres adoraron y lo que por tantos siglos fué sombra tutelar de su raza, y educó su espíritu, y formó su grandeza, y se mezcló como grano de sal en todos los portentos de su historia, pueda sentir por su gente amor que no sea retórica hueca y baladí, como es siempre el que se dirige al ente de razón que dicen *Estado!* Despues de un siglo de enciclopedia y de filosofía sensualista y utilitaria, y sin más moral ni más norte que la conveniencia de cada ciudadano, es lógica la conducta de Marchena, como es lógico el *exámen de los delitos de infidelidad* de Reinoso, que otros han llamado *defensa de la traición á la patria*. Uno de los más abominables efectos del fanatismo político por libertades y reformas abstractas, es amortiguar ó cegar del todo en muchas almas el desinteresado amor de la patria. Viniera de donde viniera el destructor de la Inquisición y de los fraíles, le aceptaban los afrancesados, y de buen grado le servía Marchena.

Por aquellos días que antecedieron á la jornada de Bailén, solía asistir á la tertulia de Quintana. Allí le conoció Capmany, que nos dejó en cuatro palabras su negra semblanza, entre las de los demás tertulios: «Allí conoció al impío y apóstata Marchena, renegado de su Dios, de su patria y de su ley, fautor y cómplice de los franceses que entraron en Madrid con Murat».

Ya antes de este tiempo andaba Marchena en relaciones con Quintana y los suyos. Ciertas alusiones de los versos del abate nos inducen á creer que en sus mocedades cursó algun tiempo las áulas salmantinas. Lo cierto es que fué desde 1804 colaborador de las *Varietades de ciencias, literatura y artes*, no con su propio nombre, sino con las iniciales *J. M.*, presentándole los editores como «un español

ausente de su patria, más de doce años había, y que en medio de las vicisitudes de su fortuna no había dejado de cultivar las musas castellanas». Allí se anunció que proyectaba una nueva traducción de los poemas ossiánicos, más perfecta é íntegra que las de Ortiz y Montegón, y se pusieron para muestra vários trozos. A Marchena, falsario por vocación, le agradaban todas las supercherías, áun las ajenas, y traduciendo los *pastiches*, de Macpherson, anduvo mucho más poeta que en sus versos originales, de tal suerte, que es de lamentar la pérdida de la versión entera. Como las *Varietades*¹ son tan raras (yo nunca he visto ejemplar completo, ni lo es el que tengo) y como, por otra parte, la poesía ossiánica, no obstante su notoria falsedad, conserva cierta importancia histórica, como primer albor del romanticismo nebuloso y melancólico, y como primera tentativa de poesía artificialmente nacional y autónoma, quizá no desagrada á los lectores ver estampado aquí, tal como le interpretó Marchena, el famoso apóstrofe *Al Sol*, con que termina el poema de *Cárion*, original del *Himno al Sol*, de Espronceda.

¡Oh tú, que luminoso vas rodando
Por la celeste esfera,
Como de mis abuelos el bruñido
Redondo escudo! ¡Oh Sol! ¡De dó manando
En tu inmortal carrera
Va, dí, tu eterno resplandor lucido?
Radiante en tu belleza
Majestuoso te muestras, y corridas
Las estrellas esconden su cabeza
En las nubes; las ondas de Occidente,
Las luces de la luna oscurecidas
Sepultan en su seno; reluciente
Tú en tanto vas midiendo el amplio cielo.
¿Y quién podrá seguir tu inmenso vuelo?
Los robles empinados
Del monte caen; el alto monte mismo
Los siglos precipitan al abismo;
Los mares irritados
Ya menguan y ya crecen,
Ora se calman y ora se embravecen.
La blanca luna en la celeste esfera

¹ Los Fragmentos ossiánicos de Marchena están en los núms. 16, 17 y 18 (1804).

Se pierde; más tú, ¡oh Sol! en tu carrera
De eterna luz brillante
Ostentas tu alma faz siempre radiante.
Cuándo el mundo oscurece
La tormenta horrorosa, y cruge el trueno,
Tú, riendo sereno,
Muestras tu frente hermosa
En las nubes, y el cielo se esclarece.
¡Ay! que tus puros fuegos
En balde lucen, que los ojos ciegos
De Ossian no los ven más; ya tus cabellos
Dorados vaguen bellos
En las bermejas nubes de Occidente,
Ya en las puertas se muevan de Oriente.
Pero también un día su carrera
Acaso tendrá fin como la mía;
Y sepultado en sueño, en tu sombría
Noche, no escucharás la lisonjera
Voz de la roja aurora:
Sol, en tu juventud gózate ahora.
Escasa es la edad yerta,
Como la claridad de luna incierta
Que brilla entre vapores nebulosos
Y entre rotos nublados.....

Estos versos, jugosos y entonados, aunque pobres de rima, son muestra clarísima de que sus largas ausencias y destierros no habían sido parte á que Marchena olvidara la dicción poética española, sin que para abrillantarla ni remozarla necesitara recurrir entonces á los extraños giros, inversiones y latinismos con que en sus últimos años afeó, prosa ó verso, cuanto compuso ¹.

A los pocos días de haber llegado Marchena á Madrid, imperando todavía *pro formula* el antiguo régimen, se creyó obligado el tolerantísimo y latitudinario inquisidor general, D. Ramon José de Arce, á mandar prender al famoso girondino, cuya estrepitosa notoriedad de ateo había llegado hasta España. Se le prendió y se mandó recoger

¹ Alguien ha atribuido estos fragmentos á Maury; pero ni las iniciales (que en este caso deberían ser J. M. M.), ni las señas que se dan del traductor, ni el estilo, ni la versificación convienen. Además hay un dato que corta toda cuestión, y es el existir dos poemas de Ossian en el códice de poesías de Marchena, recientemente descubierto en París. De Maury no sabemos que tradujera nunca al supuesto bardo caledonio.

sus papeles (algunos de los cuales tengo yo á la vista); pero Murat envió una compañía de granaderos, que le sacó á viva fuerza de las cárceles del Santo Tribunal. Con esta ocasion compuso Marchena cuatro versos insulsos, que llamó *epigrama*, y que han tenido ménos suerte que su chanza contra Urquijo.

El rey José hizo á Marchena director de la *Gaceta* y archivero del ministerio del Interior (hoy de Gobernacion), le dió la cruz del *pentágono* y le ayudó con una subvencion para que tradujera el teatro de Molière, secundando á Moratin, que acababa de trasladar á la escena española, con habilidad nunca igualada, *La escuela de los maridos*. Marchena puso en castellano las comedias restantes ¹; pero sólo llegaron á representarse é imprimirse *El avaro*, *El hipócrita* (*Tartuffe*) y *La escuela de las mujeres*, recibidas con mucho aplauso en los teatros de la Cruz y del Príncipe. Estas traducciones, ya bastante raras, disfrutaban de fama tradicional, en gran parte merecida. Con todo eso, Marchena no tenia verdadero ingenio cómico, y sus versos, ásperos como guijarros, y casi siempre mal cortados, nada conservan de la fluidez y soltura necesarias al diálogo de la escena. Pero el hombre de talento donde quiera le muestra, áun en las cosas más ajenas de su índole; y por eso las traducciones de Marchena se levantan entre el vulgo de los arreglos dramáticos del siglo XVIII, *quantum lenta solent inter viburna cupressi*. Hubiera acertado en hacerlas todas en prosa. Los romances de su *Tartuffe* ² son tan pedestres y de tan vulgar asonancia como los de *El baron* y *La Mogigatu*. Además de las comedias de Molière, tradujo y dió á los actores Marchena otras piezas francesas de ménos cuenta: *Los dos yernos* y *Filinto ó el Egoísta*, célebre comedia de Fabre de L'Eglantine, que quiso hacer con ella una especie de *contre-partie*, ó de tésis contradictoria de la del *Misántropo*.

Marchena no hizo gran fortuna ni siquiera con los afrancesados ³, gracias á su malísima lengua, tan afilada y cortante como un hacha, y á lo áspero, violento y desigual de su carácter, cuyas rarezas, agriadas por su vida aventurera y miserable, ni á sus mejores amigos perdonaban. Acompañó al rey José en su viaje á Andalucía en 1808, y hospedado en Córdoba, en casa del penitenciario Arjona, escribió, de concierto con él, una oda laudatoria de aquel monarca, muy mala, como obra de dos ingenios y hecha de compromiso, pero

¹ Así lo afirma en sus *Lecciones de filosofía moral*, pero se ignora el paradero de esta version completa.

² La reimpression que de él tengo carece de año y de lugar, y de toda advertencia ó prólogo.

³ Así lo afirma uno de ellos, D. José de Lira, en carta al Sr. de Cueto, escrita desde París en 1859 (*Poetas líricos del siglo XVIII*, pág. 681).

no escasa de fristes adulaciones, hasta llamar al intruso rey *delicias de España* y *sol benigno que venia á dorar de luces pías las márgenes del Bétis*:

Así el Bétis te admira cuando goza
A tu influjo el descanso lisonjero,
Al tiempo que de Marte el impío acero
Aún al *rebelde catalan* destroza ¹.

Los versos son malos, pero aún es peor y más vergonzosa la idea. ¡Y no temian estos hombres que turbasen su sueño las sombras de las inultas víctimas de Tarragona! No hay gloria literaria que alcance á cohonestar tales infamias, ni toda el agua del olvido bastará á borrar aquella oda en que Moratin llamó *digno trasunto del héroe de Vinar* al mariscal Suchet, tirano de Barcelona y de Valencia.

Siguió Marchena en 1813 la retirada del ejército francés á Valencia. Allí solía concurrir de tertulia á la librería de D. Salvador Fauli, que habia convertido en cátedra de sus opiniones antireligiosas. Los mismos afrancesados solian escandalizarse, á fuer de varones graves y moderados, y le impugnaban, aunque con tibieza, distinguiéndose en esto Melendez y Moratin. El librero temió por la inocencia de sus hijos, que oían con la boca abierta aquel atajo de doctas blasfemias, y fué á pedir cuentas á Marchena, á quien encontró leyendo la *Guía de pecadores*. El asombro que tal lectura le produjo acrecentóse con las palabras del abate, que ya en otro lugar quedan referidas.

Ganada por los ejércitos aliados la batalla de Vitoria, Marchena volvió á emigrar á Francia, estableciéndose primero en Nimes y luego en Montpellier y Burdeos, cada vez más pobre y hambriento, y cada vez más arrogante y descomedido. En 28 de Setiembre de 1817 escribe Moratin ² al abate Melon: «Marchena preso en Nimes por una de aquellas prontitudes de que adolece; dícese que le juzgará un consejo de guerra, á causa de que insultó y desafió á todo un cuerpo de guardia. Yo no desafío á nadie y nadie se mete conmigo». Y en postdata añade: «Parece que ya no arcabucean á Marchena, y todo se ha compuesto con una áspera reprimenda, espolvoreada de adjetivos».

¹ Véase ésta oda entre las poesías de Arjona (*Poesías líricas del siglo XVIII*, tomo II, página 316).

² *Obras póstumas*, tomo II, pág. 292.

Como recurso de su miseria, á la vez que medio de propaganda, emprendió Marchena para editores franceses la traducción de varios libros, de los que por antonomasia se llamaban *prohibidos*, piedras angulares de la escuela enciclopédica. Vulgarizó, pues, las *Cartas persianas* de Montesquieu ¹, el *Emilio* y la *Nueva Eloísa* de Rousseau, los *Cuentos y novelas* de Voltaire (*Cándido*, *Micromegas*, *Zadig*, *El Ingenuo*, etc.), el *Manual de los inquisidores* del abate Morellet (extracto infiel del *Directorium* de Eymerich), el *Compendio del origen de todos los cultos* de Dupuis, el *Tratado de la libertad religiosa* de Bénéoit, y alguna obra histórica, como la titulada *Europa despues del Congreso de Aquisgram*, por el abate De Pradt. En un prospecto que repartió en 1819, anunciaba, además, que en breve publicaría el *Essai sur les moeurs* y el *Siglo de Luis XIV*, y quizá exista alguna otra que no haya llegado á mis manos, porque Marchena inundó literalmente á España de engendros volterrianos. Muchas de estas traducciones son de *pape lucrando*, hechas para salir del dia, con rapidez de menestroso y sin propósito literario. De aquí enormes desigualdades de estilo, segun el humor del intérprete y la mayor ó menor largueza del librero. Apenas puede creerse que salieran de la misma pluma la deplorable traducción de las *Cartas persianas*, tan llena de galicismos que parece obra de principiante, la extravagantísima del *Emilio*, atestada de arcaísmos, inversiones desabridas y giros inarmónicos, y la fácil y donairosa de *Cándido* y de *El Ingenuo*, que casi compiten en gracia y primor de estilo con los cuentos originales.

Del inglés tradujo Marchena á lengua francesa la *Ojeada*, del doctor Clarke, sobre la *fuerza, opulencia y poblacion de la Gran Bretaña*, y

¹ Como todas estas traducciones se imprimieron y reimprimieron muchas veces clandestinamente, no siempre es fácil apurar las fechas. De las *Cartas persianas* conozco dos ediciones: Nimes, 1818, y Tolosa, 1821, aunque hay ejemplares con la falsa data de Cádiz.—*Emilio ó la educacion*, Burdeos, 1817, tres tomos 12.^o, reimpresso hácia 1850 en el folletin de *Las Novelas*, aunque sin los nombres de Rousseau y Marchena, para evitar el escándalo.—*Juana ó la Nueva Eloísa*, Tolosa, 1821, cuatro tomos 8.^o, impreso en Barcelona, 1824.—*Cuentos y novelas de Voltaire*, Burdeos, 1819; Sevilla, 1836; tres tomos 12.^o (Hay otras ediciones anteriores y muy reciente, 1878, de la *Biblioteca Perojo* (dos tomos 4.^o)).—*Origen de los cultos*, Barcelona, 1820; Burdeos, 1821.—*De la libertad religiosa* (Barcelona, 1821).—*Manual de los inquisidores* (Burdeos, 1819).

Estas son las traducciones en que el abate Marchena puso su nombre; pero con más ó menos fundamento es comun atribuirle algunas otras, que por el estilo parecen suyas, v. gr., una de la *Faculle* de Voltaire, que suena impresa en Cádiz, 1820, y otra (en verso suelto) de la *Guerra de los Aíones*, sacrilego y monstruoso poema de Parry, que se ha impreso dos veces por lo ménos en castellano. Otros la atribuyen al periodista Ramajo, uno de los redactores de *El Conciso*, de Cádiz.

El *Coup-d'oeil sur la force, l'opulence et la population de la Grande-Bretagne*, par le docteur Clarke (con la correspondencia inédita de Hume), se imprimió en Paris, 1803, 8.^o, y el *Voyage aux Indes Orientales*, en 1808.

del italiano el *Viaje á las Indias Orientales* del P. Paulino de San Bartolomé. Publicó por primera vez la correspondencia inédita de David Hume y del Dr. Tucker, y en los *Anales de viajes* insertó una descripción de las Provincias Vascongadas.

Pero su trabajo más meritorio por aquellos días fué la coleccion de trozos selectos de nuestros clásicos, intitulada *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*¹, no por la coleccion en sí, que parece pobrísima y mal ordenada, si se compara con otras antologías del mismo tiempo ó anteriores, como *Teatro crítico de la elocuencia española* de Cammany, ó la de *Poesías selectas* de Quintana, sino por un largo discurso preliminar y un *exordio*, en que Marchena teje á su modo la historia literaria de España, y nos dá en breve y sustancioso resumen sus opiniones críticas é históricas y hasta morales y religiosas. La resonancia del tal discurso fué grandísima, sobre todo en la escuela hispalense, y aún no dista mucho de nosotros el tiempo en que los estudiantes sevillanos solian recibir de sus maestros, á modo de préstamo clandestino, los dos volúmenes de Marchena, como si contuvieran la *ultima ratio* de la humana sabiduría, y el misterio *esotérico*, sólo revelable á los iniciados. ¿Quién no ha conocido famosos demócratas andaluces que se habian plantado en el abate Marchena y por su nombre juraban, resolviendo de plano con el criterio del *magister dixit* (más ó menos disimulado) toda cuestion de estética y aun de teología?

Usando de una expresion vulgarísima, pero muy enérgica, tengo que decir que el alma se cae á los piés cuando, engolosinado uno con tales ponderaciones, acomete la lectura del célebre *discurso*, y quiere apurar los quilates de la ciencia crítica de Marchena. Hoy que el libro ha perdido aquella misteriosa aureola que le daban de consuno la prohibicion y el correr á sombra de tejado, pasma tanto estruendo por cosa tan mediana y baladí. La decantada perfeccion lingüística de Marchena estriba en usar monótona y afectadamente el hipérbaton latino con el verbo al fin de la cláusula, venga ó no á cuento, y aunque desgarrar los oídos; en embutir donde quiera las frases *muy más, cabe, so capa, y eso más que*, aunque esta última (que se le antojó castiza, no sé por cuál razon) le arrastrase á singulares *anacólutos*; en encrespar toda la oracion con vocablos alisonantes al

¹ *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, ó coleccion de los trozos más selectos de poesía, elocuencia, historia, religion y filosofía moral y política de los mejores autores castellanos, puestas en orden por D. Josef Marchena..... Burdeos, imp. de D. Pedro Beaume, tomo I (147-460 págs.), tomo II (656 págs.), 4.^o

lado de otros de bajísima ralea; en llenar la prosa de fastidiosísimos versos endecasílabos, y en torcer y descoyuntar de mil modos la frase, dándose siempre tal maña, que escoge la combinacion de palabras ó de sílabas más áspera y chillona para rematar el período. ¡Menguado estudio de los clásicos habia hecho Marchena, si no le habian enseñado lo primero que debe aprenderse de ellos, la naturalidad! Estilo más enfático y pedantesco que el de este *discurso* yo no le conozco en castellano, digo, entre las cosas castellanas que merecen leerse.

Porque lo merece, sin duda, siquiera esté lleno de gravísimos errores de hecho y de derecho, y escrito con rencorosa saña de sectario, que traspira desde las primeras líneas. La erudicion de Marchena en cosas españolas era cortísima: hombre de inmensa lectura latina y francesa, habia saludado muy pocos libros españoles, aunque éstos los sabia de memoria. Garcilaso, el bachiller La Torre, Cervantes, ambos Luises, Mariana, Hurtado de Mendoza, Herrera y Rioja, Quevedo y Solís, Melendez y Moratin, constituian para él nuestro tesoro literario. De ellos y poco más formó su coleccion: de ellos casi solos trata en el *Discurso preliminar*. La poesía de la Edad Media es para él letra muerta, aun despues de las publicaciones de Sanchez: de los romances tampoco sabe nada, ó lo confunde todo, y ni uno sólo de los históricos, cuanto más de los viejos, admite en su coleccion. Los juicios sobre autores del siglo XVI suelen ser de una necedad intolerable: llama á las obras de Santa Teresa *adesosios que excitian la indignacion y el desprecio*, y no copia una sola linea de ellas. Tampoco del venerable Juan de Ávila ni de otro alguno de los predicadores españoles, porque son *títeres espirituales*. Los ascéticos, con excepcion de Fr. Luis de Granada, le parecen *mezquinos y risibles*: las obras místicas y de devocion, *cañifa de desatinos y extravagancias, disparatadas paparruchas*. Los *Nombres de Cristo*, de Fr. Luis de Leon, le agradan por el estilo; *plástima que el argumento sea de tan poca importancia*, como que *nada vale!* De obras filosóficas no se hable, porque tales ciencias (basta que lo diga Marchena bajo su palabra) *nunca se han cultivado ni podidose cultivar en España*, donde el *abominable* tribunal de la Inquisicion aherrojó los entendimientos, privándolos de la libertad de pensar. ¿Ni qué luz ha de esperarse de los historiadores, *esclavos del estúpido fanatismo*, y llenos de milagros y patrañas? Borrémoslos, pues, sin detenernos en más averiguaciones y deslindes.

Por este sistema de exclusion prosigue Marchena hasta quedarse

con Cervantes y con media docena de poetas. Tan extremado en la alabanza como antes lo fué en el vituperio, no sólo afirma que nuestros poetas líricos vencen con mucho á los demás de Europa, porque resulta, según su cálculo y teorías, que el fanatismo, calentando la imaginación, despierta y aviva el estro poético, sino que se arroja á decir que la canción *A las ruinas de Itálica* vale más que todas las odas de Píndaro y de Horacio: tremenda andaluzada, que ni siquiera en un hijo de Utrera, paisano de Rodrigo Caro, puede tolerarse. Bella es la canción de las *Ruinas*, y tuvo en su tiempo la novedad de la inspiración arqueológica; pero ¡cuántas odas la vencen, aún dentro de nuestro Parnaso! Marchena, amontonando yerro sobre yerro, atribuye (como D. Luis José Velazquez) los versos del bachiller La Torre á Quevedo: cita como prueba de la originalidad de éste una traducción de Horacio, que es del Brocense, y, finalmente, decreta el principado de las letras á los andaluces, poniéndose él mismo en el coro y al lado del Divino Herrera, no sin anunciar que ya vendrá día en que la posteridad le levante una estatua, vengándole de sus iníquos opresores.

Por el mismo estilo anda todo, con leves diferencias. De vez en cuando centellean algunas intuiciones felices, algunos rasgos críticos de primer orden: tal es el juicio del *Quijote*, tal alguna que otra consideración sobre el teatro español, perdida entre mucho desvarío, que quiere ser pintura de nuestro estado social en el siglo XVII, tan desconocido para Marchena como el XIV; tal la distinción entre la verdad poética y la filosófica, tal lo que dice del platonismo erótico, tal el hermoso paralelo entre Fray Luis de Leon y Fray Luis de Granada, que es el mejor trozo que escribió Marchena, por mucho que le perjudique la forma siempre retórica de la simetría y de la antítesis; tal el buen gusto con que en pocos y chistosísimos rasgos tilda el castellano de Cienfuegos y de Quintana, en quien le agradaban las ideas, pero le repugnaba el neologismo. Pero repito que todos estos brillantes destellos lucen en medio de una lóbreguez caliginosa, donde á cada paso va el lector tropezando, ya con afirmaciones gratuitas, ya con juicios radicalmente falsos, ya con ignorancias de detalle, ya con alardes intempestivos de ateísmo y despreocupación, ya con brutales y sañudas injurias contra España, ya con viliísimos rasgos de mala fé. En literatura, su criterio es el de Boileau, y aunque parezca inverosímil, un hombre que en materias religiosas, sociales y políticas llevaba hasta la temeridad su ansia de novedades, y sólo vivía del escándalo y por el escándalo, en literatura

es, como su maestro Voltaire, el más sumiso á los cánones de los preceptistas del siglo de Luis XIV, el más conservador y retrógrado y el más rabioso enemigo de los modernos estudios y teorías sobre la belleza y el arte: «esa nueva oscurísima escolástica con nombre de estética, que califica de romántico ó novelesco cuanto desatinó la cabeza de un orate imaginarse pueda». Marchena, como todos los volterrianos rezagados, es falsamente clásico, á la manera de La Harpe, y para él, Racine y Molière son las columnas de Hércules del arte. A Shakespeare le llama *lodazal de la más repugnante barbarie*: á Byron ni aún le nombra: de Goethe no conoce ó no quiere conocer más que el *Werther*.

Juzgadas con este criterio nuestras letras, todo en ellas ha de parecer excepcional y monstruoso. Restringido arbitrariamente el principio de imitación, entendida con espíritu mezquino la antigüedad (¿qué ha de esperarse de quien dice que *Esquilo violó las reglas del drama*, es decir, las reglas del abate D'Aubignac), convertidos en pauta, ejemplar y dechado único los artificiales productos de una civilización refinadísima, flores por la mayor parte de invernadero, sólo el buen gusto y el instinto de lo bello podían salvar al crítico en los pormenores y en la aplicación de sus reglas, y de hecho salvan más de una vez á Marchena. Pero es tan inseguro y contradictorio su juicio, son tan caprichosos sus amores y sus odios, y tan podrida está la raíz de su criterio histórico, que los mismos esfuerzos que hace para dar á su crítica carácter trascendental y enlazar la historia literaria con las vicisitudes de la historia externa, sólo sirven para despenarle. Bien puede decirse que todo autor español le desagrada en el hecho de ser español y católico. No concibe literatura grande y floreciente sin espíritu irreligioso; y cegado por tal manía, ora se empeña en demostrar que los españoles de la Edad Media eran muy tolerantes y hasta indiferentes, como si no protestaran de lo contrario las hogueras de San Fernando, las matanzas de judíos y la Inquisición catalana y todos nuestros cuerpos legales; ora se atreve á poner lengua (caso raro en un español) en la veneranda figura de Isabel la Católica, «implacable en sus venganzas y sin fé en la conducta pública»; ora coloca al libelista Fray Paolo Sarpi sobre todos nuestros historiadores por el solo hecho de haber sido protestante, aunque solapado; ora llama *barbara cáfila de expresiones escolásticas* á la ciencia de Santo Tomás ó de Suarez; ora niega porque sí, y por quitar una gloria más á su patria, la realidad del mapa geodésico del maestro Esquivel, de que dán fé Ambrosio de Morales y otros testigos irrecu-

sables por contemporáneos; ora explica la sabiduría de Luis Vives por haberse educado fuera de la Península; ora califica de patraña un hecho tan judicialmente comprobado como el asesinato del Niño de la Guardia; ora imagina desbarrando que los *monopáuntos* de Quedo son los jesuitas; ora calumnia feamente á la Inquisición, atribuyéndola el desarrollo del *molinosismo*, que ella castigó sin paz y sin tregua; ora nos enseña como profundo descubrimiento filosófico que los *inmundos trágicos* de la *Epístola Moral*, «son nuestros fráiles, los más torpes y disolutos de los mortales, encenagados en los más hediondos vicios, escoria del linaje humano;» ora (*primum lenentis!*) excluye casi de su coleccion á Fray Luis de Granada por *immoral*. Y ciertamente que su moral era todo lo contrario de la extraña moral de Marchena, que en otra parte de este abigarrado discurso truena con frases tan estrambóticas como grande es la aberracion de las ideas, contra la moral ascética, enemiga de los deleites sensuales, en que la reproducción del humano linaje se vincula, tras de los cuales corren ambos sexos á porfía. Él profesa la moral de la naturaleza, «la de Trásibulo y Timoleon,» y en cuanto á dogma, no nos dice claro si por aquella fecha era ateo ó panteísta, puesto caso que del deísmo de Voltaire habia ya pasado y todo lo tenia por cierto y opinable.

Qui habitat in coelis irridebit eos, y en verdad que parece ironía de la Providencia que la nombradía literaria de aquel desalmado jacobino, que en París abrió cátedra de ateísmo, ande vinculada, quién habia de decirlo? á una oda de asunto religioso, la oda *A Cristo crucificado*. De esta feliz inspiracion quedó el autor tan satisfecho, que con su habitual é inverosímil franqueza, no sólo la pone por modelo en su coleccion de clásicos, sino que la elogia cándidamente en el preámbulo, y comparándose con Chateaubriand, cuya fama de poeta cristiano le sacaba de quicio¹, exclama: «entre el poema de *Los Mártires* y la oda *A Cristo crucificado* media esta diferencia, que Chateaubriand no sabe lo que cree, y cree lo que no sabe, y el autor de la oda sabe lo que no cree, y no cree lo que sabe».

La inmodestia del autor, por una parte, y los elogios de su escuela por otra, contribuyen á que la oda no haga en todos los lectores el efecto que por su robusta entonacion debiera. El autor la admiró por todos, se decretó por ella una estatua, y nada nos dejó que admirar. Así y todo, es composicion notable, algo artificial y pomposa,

¹ Decía de *Los Mártires* que «son una ensalada compuesta de mil yerbas, acedas aquellas, saladas estas, y que juntas forman el más repugnante y asqueroso almudrote que gustar pudo el paladar humano».

algo herreriana con imitaciones directas, desigual en la versificación, desproporcionada en sus miembros, pequeña para tan gran plan, que quiere ser la exposición de toda la economía del cristianismo, y por último, fria y poco fervorosa, como era de temer del autor, aunque muchos hayan querido descubrir en ella verdadero espíritu religioso. Si Marchena se propuso demostrar que sin fé pueden tratarse magistralmente los asuntos sagrados, la erró de medio á medio, y su oda es la mejor prueba contra su tesis. Fácil es á un hombre de talento calcar frases de los libros santos y frases de Leon y de Herrera, y zurcirlas en una oda, que no será mejor ni peor que todas las odas de escuela; pero de esto al brotar espontáneo de la inspiracion religiosa, ¡cuánto camino! Júzguese por las primeras estancias de la oda de Marchena, que si bien fabricadas de taracea, tienen ciertamente rotundidad y número, y vienen á ser las mejores de esta composicion, en que *todo es cabeza*, como si el autor, fatigado de su valiente arranque, se hubiese dormido al medio de la jornada:

Canto al Verbo divino,
No cuando inmenso en piélagos de gloria
Más allá de mil mundos resplandee,
Y los celestes coros de continuo
Dios le aclaman, y el Padre se embebece
En la perfecta forma no creada,
Ni cuando de victoria
La sien ceñida, el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo Averno,
Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el Padre levantada.

No le canto tremendo,
En nube envuelto horison-tonante,
De Faraon el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando
Que en los abismos de la mar se hundieron,
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento
Cual humo que disipa el raudó viento,
No fueron: la mar vino,
Tragólos en inmenso remolino,
Y Amón y Canaan se estremecieron.

Muy inferiores á ésta son las demás poesías de Marchena, que él con igual falta de escrupulo va poniendo por modelo en los géneros respectivos. Fragmentos de un poema político titulado *La Pátria, á Ballasteros*; una elegía amatoria (fria como un carámbano) á *Licoris*; un fragmento de Tibúlo ménos que medianamente traducido; algunos retazos de la tragedia *Polixena*, que nunca llegó á representarse por falta de actores (si hemos de creer al poeta), y una *Epístola al géómetra Lanz* (uno de los creadores de la Cinemática industrial) sobre la libertad política.

En general todo ello está pésimamente versificado, lleno de aonancias ilícitas, de sínéresis violentas y de prosáicas cuñas, muestra patente de que el autor sudaba tinta en cada verso, empeñado en ser poeta contra la voluntad de las hijas de la Memoria. En la *Epístola* noto algunos tercetos felices:

Tal la revolucion francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campiñas,
Los frutos arrancando del ejido;
Empero el despotismo las entrañas
Deseca de la tierra donde habita,
Cual el volcan que hierve en las montañas,
Y con perpétuo movimiento agita
El suelo que su lava esteriliza.
.....
Así en Milton los móstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el sér el seno mismo.

Con cuya imágen quiere mostrar el autor que todos los excesos revolucionarios son consecuencia del despotismo, y que él nutre y educa la revolucion á sus pechos.

Tampoco carece de cierta originalidad Marchena como primer cantor español de la duda y precursor de Nuñez de Arce y otros modernos:

¡Dulce esperanza, ven á consolarme!
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
Quien me dió el sér, ¿no puede conservarme
Más allá de la tumba? ¿Está ceñida
A este bajo planeta su potencia?

¿El inmenso poder hay quien le mida?

¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?

Yo existo. ¿Dónde irá? ¿De dó he venido?

¿Por qué el crimen repugna á mi conciencia?

Bien dijo Marchena, que tal poesía era nueva en castellano, pero también ha de confesarse que la nueva cuerda no produce en sus manos más que sonidos discordes, ingratos y confusos.

No todos sus versos están en las *Lecciones de filosofía moral*. Algunos, de los más populares, se imprimieron sueltos: otros, en gran número, existen manuscritos fuera de España. ¿Quién no conoce la famosa *Heroida* de Eloisa á Abelardo, del inglés Pope, que Colardeau imitó en francés, y que Santibañez, Marchena, Maury y muchos otros pusieron con mediano acierto en castellano para nocivo solaz de mancebos y doncellas que veían allí canonizados los impulsos eróticos, reprobadas las austeridades monacales, y enaltecido sobre el matrimonio el amor desinteresado y libre? Ciertamente que esta Eloisa nada tiene que ver con la escolástica y apasionadísima amante de Abelardo ni con la ejemplar abadesa del Paraclito, sino que está trocada, por obra y gracia de la elegante musa de Pope, en una miss inglesa sentimental, bien educada, vaporosa é inaguantable. ¿Dónde encontrar aquellas tan deliciosas pedanterías de la Eloisa antigua, aquellas citas de Macrobio y de las *Epístolas de Séneca*, del *Pastoral* de San Gregorio y de la regla de San Benito, aquellos juegos de palabras «*oh inclementem clementiam! oh infortunatam fortunam!*» mezclados con palabras de fuego sentidas y no pensadas: «*Non matrimonii foedera, non dotes aliquas expectavi, non denique meas voluptates aut voluntates, sed tuas, sicut ipse nosti, adimplere studui..... Quae regina vel praepotens femina gaudiis meis non invadebat vel thalamis?.... Et si uxoris nomen sanctius ac validius videtur, dulcius mihi semper extitit amicae vocabulum, aut (si non indigneris) concubinae vel scorti, ut quo me videlicet pro te amplius humiliarem, ampliozem apud te consequeretur gratiam, et sic excellentiae tuae gloriam minus lasderem..... Quae cum ingemiscere debeam de commissis, suspiro potius de amissis.*»

Después de leídas tales cartas, es humanamente imposible leer la *Heroida* de Pope, donde ha desaparecido todo ese encanto de franqueza y barbárie, de ardor veheméntísimo y sincero. Con todo eso, en el siglo pasado, esta ingeniosa falsificación de los sentimientos del siglo XII tuvo portentoso éxito, y engendró una porción de imitaciones que con el nombre de *heroidas* (dado ya por Ovidio á otras com-

posiciones suyas de parecido linaje, no ménos in fieles al carácter de los tiempos heroicos que lo eran las de sus imitadores al espíritu de la Edad Media), formaron uno de los más afectados, monótonos y fatidiosísimos géneros que por aquellos días estuvieron en boga.

¿Pero cuál de las traducciones de la *Heroida* de Pope que andan en castellano ¹ es la de Marchena? *Hoc opus, hic labor est*. El señor marqués de Valmar, doctísimo colector de nuestros poetas del siglo XVIII, se inclina á atribuirle la más popular de todas: la que se imprimió en Salamanca, por Francisco de Toxár, en 1796, con título de *Cartas de Abelardo y Eloisa, en verso castellano*, y fué prohibida por un edicto de la Inquisición de 6 de Abril de 1799. El Sr. Bergnes de las Casas, que imprimió en Barcelona en 1839, juntamente con el texto latino de las cartas de Abelardo y el inglés de la epístola de Pope, todas las imitaciones castellanas que pudo hallar de una y otra, atribuye á D. Vicente María Santibañez, catedrático de humanidades en Vergara, la susodicha famosa traducción, que comienza:

En este silencioso y triste albergue,
De la inocencia venerable asilo.....

y dá como anónima la respuesta, que parece obra original del traductor de la primera, si bien muy inferior á ella en condiciones literarias, como que el original de Pope ó de Colardeau no sostenía la flaca vena del autor:

¿Quién pudiera pensar que en tantos años
De penitente y retirada vida.....

Sólo podría resolver esta cuestión el manuscrito de poesías de Marchena, recientemente descubierto en Francia; pero á juzgar por el índice que tenemos á la vista, las *Epístolas de Eloisa y Abelardo* son

¹ Están reunidas todas en las *Cartas de Abelardo y Eloisa* (dos tomos en 4.^o), Barcelona, 1839, imp. de A. Bergnes: colección curiosa, pero desordenadísima. Además de las cartas latinas y los estudios de Guizot, Cousin, etc., sobre Abelardo, contiene la *Heroida* de Pope, la de Colardeau, las dos atribuidas á Marchena, la de Maury en octavas (muy fría pero audazmente versificada como suya: ensayo de su juventud, impreso en Málaga en 1702, prohibido por la Inquisición en 1796), y tres heroidas más de Beauchamps, Dorat y Mercier, puestas en versos castellanos nada vulgares, por un poeta cuyas iniciales son I. V..... á quien pertenece asimismo cierta epístola original de Abelardo á Filinto su amigo, que viene después; todo lo cual ha de estar tomado, si la memoria no me es infiel, de una colección de heroidas francesas traducidas, que corre impresa en dos tomos, desde fines del siglo pasado.

en el muy diversas de las que se imprimieron en Salamanca, puesto que empieza la primera:

Sepulturas horribles, tumbas frías.....

y la segunda:

¡Oh vida, oh vanidad, oh error, oh nada.....

Las restantes poesías de Marchena, contenidas en este manuscrito (cuya tabla reproduzco al pié de esta página), todavía aguardan editor. Un profesor francés trata de sacarlas á luz, precedidas de un estudio biográfico acerca de Marchena, y no es razón desflorar aquí su trabajo. Sírvale este silencio mío de nuevo estímulo para terminarle ¹. Los títulos de algunas de estas composiciones las anuncio

¹ Creo (no lo sé con seguridad) que este manuscrito pára hoy en la Sorbona, aunque no adivino qué extrañas vicisitudes habrán podido llevarle allá. Contiene lo siguiente:

ODA 1.^a—*Sueño de Belisa*:

Belisa duerme: el céfiro suave.....

ODA 2.^a—*Belisa en el baile*:

Cual rosa sobresale entre las flores.....

ODA 3.^a—*El Estío*:

Del álamo frondoso.....

ODA 4.^a—*A Melendez Valdés*:

Desciende del sagrado.....

ODA 5.^a—*A Chabanon*:

Las humildes mansiones.....

ODA 6.^a—*A Licoria*:

Después de un año entero.....

ODA 7.^a—*La Revolución francesa*:

Suene tu blanda lira.....

ODA 8.^a—*La Primavera*:

Ves, hermosa, la fuente que bullendo.....

ODA 9.^a—*El amor vendido*:

Las pesadas cadenas.....

ODA 10.—*A Carlota Corday*:

¡Oh pueblo malhadado.....

ODA 11.—*El canto de Amariis*:

Quitad allá las ciencias.....

Elegía *A Licoris* (está en las *Lecciones de filosofía moral*).

FLACIA II. *A Amariis*:

Soledad deliciosa, bosque umbrío.....

útiles para la biografía de Marchena. Será curioso ver cómo cantó la Revolución francesa, y todavía más curioso cotear su oda á Carlota Corday con la hermosísima de Andrés Chénier al mismo asunto. Veremos nuevas muestras de su extraña inclinación á la poesía devota: un romance, v. gr., á la profesión de una monja. Le conoceremos como poeta amatorio y descriptivo, y gozaremos nuevas traducciones suyas de Tibúlo, de Horacio y del pseudo-Ossian. Aun las poesías conocidas pueden tener variantes que quizá las mejoren.

Cuando la revolución de 1820 abrió las puertas de España á los afrancesados, Marchena volvió á Madrid, muy esperanzado, sin duda, de ver premiados sus antiguos servicios á la causa de la libertad. Pero nada logró, porque la tacha de traidor á la patria le cerraba todo camino, en tiempo en que las heridas del año 1808 manaban sangre todavía, y los mismos afrancesados que aún no habían comen-

- ELEGÍA III.—*La ausencia*:
De la eterna morada del lamento....
- ELEGÍA IV.—*De Tibúlo*:
Los frutos y los campos consagramos....
- ELEGÍA X.
Llena el vaso otra vez....
- SÁTIRA.—*A Santibañez*:
Yo aquel que la Academia no ha premiado....
- DISCURSO.—*Apertura de una sociedad literaria*:
¡Miseria humanidad! Las sombras siguen....
- ÉPIGRAMA I.—*A Emilia*:
Bella Emilia, perdón: yo te lo ruego....
- ÉPIGRAMA A Lanz (está en las Lecciones). *Silva A cuatro hermanas*:
La villana avaricia....
- Sonetos y epigramas varios.
- ROMANCE I.—*En la profesión de una monja*:
Desciende del alto cielo....
- ROMANCE II.—*El amor desdichado*:
Del Océano irritado....
- Juguete A Adam.
- Seguidillas A una dama.
- HEROIDA.—*Enone á Paris*:
¡Ah, si tu nuevo dueño te convierte...!
- Épistolas de Eloísa y Abelard.
- ODA XII DE HORACIO:
«Parcus Deorum cultor»....
- Dos poemas de Ossian, traducidos.

zado su laboriosa tarea para rehabilitarse en la opinion, huijan de Marchena, clérigo apóstata, cuyo radicalismo político y religioso, todavía raro en España, bastaba para comprometer cualquier partido á que se afiliara. Así es que le dejaron morir en el abandono y la miseria á principios de 1821, acordándose de él sólo despues de muerto, para hacerle pomposos funerales y pronunciar en su entierro algunos discursos, introduciéndose entónces por primera vez en España esta pagana y escandalosa costumbre, que por entónces arraigó poco, y que más adelante sirvió para profanar los entierros de Larra, de Espronceda y de Quintana, sin contar otros más recientes y en su línea no ménos famosos. Oraciones y sufragios, que no pedantescas exhibiciones de la vanidad de los vivos, quieren los difuntos, á quien poco aprovecha semejante garrulería cuando se cumple en ellos la terrible sentencia: «*Laudantur ubi non sunt, cruciantur ubi sunt*».

El último trabajo literario de Marchena debió de ser una traducción de la *Vida de Teso*, segun el texto griego de Plutarco, cuyas *Vidas paralelas* se habia propuesto traducir (segun conjeturamos) en competencia con la version de Ranz Romanillos. La suya, sólo de esa vida, se imprimió en Madrid el año 1821, con sus iniciales *J. M.* Otras muchas obras suyas debieron perderse, entre ellas la version completa de Molière y una historia del teatro español, que anuncia próximas á publicarse, en el *Discurso preliminar* de las *Lecciones*. Otras andan dispersas por España y Francia: aún no hace muchos años que el manuscrito de su biografía de Melendez Valdés se conservaba en poder de Mr. Pierquin, médico de Montpellier y rector de la Academia de Grenoble 1.

Tal fué Marchena, *sábido inundo y aborto lleno de talento*, propagandista de impiedad con celo de misionero y de apóstol, corruptor de una gran parte de la juventud española por medio siglo largo, secretario intransigente y fanático, estético tímido y crítico arrojado, medianísimo poeta, acerado polemista político, prosador desigual aun-

1 Es noticia de Brunet, en la segunda edición del *Manual del librero*. En el *Catalogue of the Ticknor collection* (Boston, Public Library, 1879), no hallo más obras de Marchena que ésta, que es la más rara de sus traducciones: «Morelet (Andrés), *Manual de inquisidores, para uso de las inquisiciones de España y Portugal ó compendio de la obra titulada Directorio de inquisidores de Nicolás Eymérico*. Traducida del francés en idioma castellano por J. Marchena; con adiciones del traductor acerca de la Inquisición de España. Montpellier, P. Arisson, 1819, XII, 159 págs., y la Julia ó la nueva Eloísa, cartas de dos amantes, habitantes de una ciudad cética, á la faja de los Alpes, traducidas por J. Marchena. Con láminas finas, Tolosa, Bellegarrigue, 1821; cuatro volúmenes 12.º (Reimpresos en Versailles. Imp. Francesa y Española, 1823). Los demás bibliógrafos de cosas españolas guardan alto silencio acerca de Marchena.

que firme y de bríos, hombre de negaciones absolutas, en las cuales adoraba tanto como otros en las afirmaciones, enamoradoísimo de sí propio, henchido de vanagloria y de soberbia, que le daban sus muchas letras, las lenguas muertas y vivas que manejaba como maestro, la prodigiosa variedad de conocimientos con que había nutrido su espíritu, y la facilidad con que alternativamente remedaba á Espinosa, al Divino Herrera ó á Petronio. El viento de la incredulidad, lo descabellado de su vida, la intemperancia de su carácter, agostaron en él toda inspiración fecunda, y hoy sólo nos queda de tanta brillantez, que pasó como fuego fátuo (semejante ¡ay! á tantas otras brillantes meridionales), algunas traducciones, algunos versos, el recuerdo de la novela de su vida, y el recuerdo mucho más triste de su influencia diabólica y de su talento abortado por la impiedad y el desenfreno. Para completar el retrato de este singular personaje, diremos que, según relación de sus contemporáneos, era pequesísimo de estatura, muy moreno y aún casi bronceado de tez, y horriblemente feo, en términos que más que persona humana parecía sátiro de las selvas.

Cínico hasta un punto increíble en palabras y en acciones, vivía como Diógenes y hablaba como Antístenes. De continuo llevaba en su compañía un jabalí que había domesticado, le hacía dormir á los pies de su cama, y cuando, por descuido de una criada, el animal se rompió las patas, Marchena, muy condolido, le compuso una elegía en dísticos latinos, convidó á sus amigos á un banquete, les dió á comer la carne del jabalí, y á los postres les leyó el epicedio. A pesar de su fealdad y de su ateísmo, de su mala lengua y de su pobreza, se creía amado de todas las mujeres, lo cual le expuso á lances chistosísimos, aunque impropios de la gravedad de esta historia. Todas estas y otras infinitas extravagancias que se omiten, prueban que Marchena fue toda su vida un estudiante medio loco, con mucha ciencia y mucha gracia, pero sin seriedad ni reposo en nada. Así y todo, cuantos le conocieron, desde Chateaubriand y madama Stael, desde Fontanes, Destutt-Tracy y Barante hasta Moratin, Maury, Miñano y Lista, vieron en aquel busca-ruídos intelectual algo que no era vulgar y que le hacía de la raza de los grandes emprendedores y de los grandes polígrafos, una aptitud sin límites para todos los ramos del humano saber, y una vena sarcástica inagotable y originalísima. En el siglo XVII hubiera emulado quizá las glorias de Quevedo. En el siglo XVIII, sin fé, sin patria y hasta sin lengua, no pudo dejar más nombre que el siempre turbio y contestable que

se adquiere con falsificaciones literarias, ó en el estruendo de las saturnales políticas ¹.

IV.—NOTICIA DE ALGUNOS «ALUMBRADOS»: LA BEATA CLARA, LA BEATA DOLORES, LA BEATA ISABEL, DE VILLAR DEL ÁGUILA.



UIZÁ las únicas muestras de vigor que la Inquisición daba en los últimos años del siglo XVIII, recaían en los escasos restos de las tenebrosas sectas *iluminadas*, que en otras edades habían infestado la Península. Abundaron en toda la centuria pasada los procesos de confesores *solicitantes*, pero poca ó ninguna sustancia se saca de ellos para esta historia, ya que la mayor parte de los casos eran cuestión de lujuria y no de dogmatismo ó secta, por mucho que alarguemos el vocablo. Ni hemos de imaginar tampoco que fuese caso frecuente y ordinario la horrenda profanación de los *solicitantes*, pues Llorente, ménos sospechoso que nadie, afirma sin reparo que de cien confesores denunciados no llegaban á diez los reos de verdadera *solicitud*, por ser materia ésta en que fácilmente dá campo á las denuncias lo exaltado y ligero de las imaginaciones femeniles ². No aconteció así en el caso de un fráile capuchino (cuyo nombre oculta Llorente por justas causas), natural del reino de Valencia, y residente por muchos años en Cartagena de Indias, donde fué misionero apostólico, provincial y varias veces guardian. Su crimen había sido solicitar y pervertir á una entera congregación de beatas, que le miraban como oráculo, y á quienes imbuyó en la doctrina *molinosista* de la licitud de los actos carnales ejecutados *in charitatis nomine*, como medio de domeñar la sensualidad satisfaciéndola, y de adelantar en la vida espiritual. Tras esto fingía revelaciones que decía haber recibido del Señor en el acto de

¹ A todas las obras de Marchena citadas hasta aquí, debe añadirse un folleto muy raro que lleva por título *Discurso sobre la ley relativa á extincion de monacales, y reforma de regulares, pronunciado en el día 6 de Noviembre del presente año en la Sociedad patriótica constitucional de esta ciudad, por el ciudadano D. José Marchena, socio íntimo de la misma, é impreso por aclamacion general. Sevilla, 1820* (16 págs.). Es una defensa de la tolerancia religiosa, en que Marchena pregunta: «¿Es la morada de Jehová el monte de Garizim? ¿Es peculio privativo suyo el templo de Júpiter Capitolino, la mezquita de la Meca ó las paredes del Vaticano?... Este discurso nos indica que Marchena en 1820 residió algún tiempo en Sevilla y que solía perorar en los clubs patrióticos.

² Vid. Llorente, *Historia crítica*, tomo V (ed. de Barcelona, 1836), cap. XXVIII. Léase íntegro.

la consagración. Así pasaron largos años de escándalo, hasta que por trece declaraciones conformes fué descubierta la perversidad del confesor, y se le formó proceso. Las monjas fueron reclusas en varios conventos de Nueva Granada, y del reo se hizo cargo la Suprema, haciéndole venir á España, bajo partida de registro. Mostróse en las primeras audiencias tenacísimo en negar: luego defendió con singular y descabellada osadía la certeza de su revelación, merced á la cual se consideraba dispensado de cumplir el sexto mandamiento de la Ley de Dios. Habló de la union mística de las almas, trajo á colación textos de la Escritura, diabólicamente pervertidos, y pareció dispuesto á dejarse condenar y relajar como hereje contumaz é impenitente. Al cabo las instancias del inquisidor Rubín de Cevallos y del secretario Llorente, deseosos de salvarle á todo trance, lograron de él, primero que confesase la vanidad de sus revelaciones, y luego que lisa y llanamente declarase que sólo su desenfrenada concupiscencia, y no error alguno teológico, le habían llevado á tal despeñadero. Abjuró de *levi*, fué recluso por cinco años en un convento de Valencia, privado perpétuamente de licencias, sujeto á muchas penitencias, ayunos y mortificaciones, y á una tanda de azotes, que le administraron los capuchinos de la Paciencia.

Casos de *iluminismo*, propiamente dicho, fueron los ruidosos procesos de tres beatas, no separados entre sí por largo interválo de tiempo, y semejantísimos en todo. Es el primero el de Isabel María Herraiz, comunmente llamada la *Beata de Cuenca*, y también la de *Villar del Águila*, por ser natural de este pueblo y casada con un labrador de él. Llevóla su necesidad y delirio hasta propalar que el cuerpo de ella se había convertido en el verdadero cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesuero. Clérigos y frailes hubo que lo creyeron ó fingieron creerlo; otros lo impugnaron en forma silogística, y llegó el delirio de la muchedumbre hasta tributar á aquella infeliz mujer culto de latría, llevándola procesionalmente por las calles entre cirios encendidos y humo de incienso.

Delatados á la Inquisición la beata y sus cómplices, ella murió en las cárceles secretas, y su estatua, montada en un burro, salió á un auto de fé, para ser reducida á cenizas. En el mismo auto abjuraron descalzos y con sogas al cuello, como patronos y fautores de aquel embuste, el cura de Villar del Águila y dos frailes, á quien se condenó á reclusión en Filipinas; el cura de la aldea de Casasimarro, que fué suspenso por seis años; una criada de la beata, castigada con diez años de encierro en las Recogidas, y dos hombres del pueblo

que se habían extremado en la adoración, y que por ello fueron castigados con doscientos azotes y presidio perpétuo ¹.

Aún fué mayor la notoriedad de la madrileña *Beata Clara*, que aconsejada por su madre y su confesor, fingióse muchos años tullida, y só color de espíritu profético y dón de santidad y milagros, atrajo á su casa la flor de las señoras de la córte, que asiduamente la consultaban y se encomendaban á sus oraciones en casos de esterilidad, enfermedades, desavenencias matrimoniales y cualesquier otros graves incidentes de la vida: á todo lo cual daba ella fácil resolución en estilo grave y enfático, como de *vidente* ó inspirada. De tal modo embaucaba á muchos con la fama de su santidad, que logró de Roma un Breve de dispensación para hacer los tres votos de monja de Santa Clara, sin que la obligasen á clausura ó vida comun, por no tolerarlo las dolencias que ella pretextaba. Púsose altar delante de su cama, y todos los días comulgaba, fingiendo (como la beata de Piedrahita en el siglo XVI, y tantas otras de su ralea), mantenerse sólo con el Pan eucarístico. No le bastó tan mal urdida maraña para no ser castigada por el Santo Oficio, juntamente con sus dos principales cómplices, en 1802. Ni hubo en esta milagrería otro misterio que una estafa á lo *divino*, en que el confesor y la madre recaudaban crecidísimas limosnas para la beata. El cebo de la ganancia hizo surgir imitadoras, como lo fué en 1803 otra beata epiléptica, María Bermejo, de quien Llorente hace mención ², añadiendo que así María como sus dos cómplices, el Vicerector y el Capellan del Hospital general de Madrid, fueron penitenciados por el Santo Oficio.

Más singular y no ménos ruidoso caso fué el de la beata Dolores, relajada en un auto de fé de Sevilla en 24 de Agosto de 1781, y de quien el vulgo afirma que fué condenada por bruja, arrojándose algunos viajeros de extrañas tierras á forjar novelescas historias, hasta suponerla *jóven* y *hermosa* ³. Todos estos accidentes no están mal calculados para excitar la conmiseración: lástima que sean todos falsos, ya que la beata Dolores no era bruja, sino mujer *iluminada*, secuzaz teórica y práctica del molinosismo, bestialmente desordenada en costumbres, so capa de santidad, y eso que por su belleza no podía excitar grandes pasiones, puesto que además de ciega, era negrísima, repugnante y más horrenda que la vieja Cañi-

¹ D. Fermín Caballero tenía recogidos muchos datos para la biografía de la *Beata Isabel*, que pensó escribir entre las de los *Compases* famosos en buena ó mala parte. Vid., además, la *Historia crítica* de Llorente, tomo VII, págs. 276 á 279.

² Obra y tomo citados, pág. 281.

³ Así lo dice el marqués de Langle en su *Voyage d'Espagne*. (1785, pág. 43).

zares del *Coloquio de los Perros*. Latour ha referido muy bien y con muchos detalles su proceso ¹: yo extrastraré lo que él dijo, confirmado en todo por la tradición oral de los sevillanos.

Aunque nacida de cristianos y honrados padres, María de los Dolores Lopez mostró, muy desde niña, génio indómito y perversísimas inclinaciones. A los doce años huyó de la casa paterna para vivir amancebada con su confesor, que cuatro años después, á la hora de la muerte, asediado por los terrores de su conciencia, pedía por misericordia que quitasen de su lado á la *ciegucita*.

Su misma ceguera, unida á un entendimiento muy despierto, aunque hábil sólo para el mal, le daba cierto prestigio fantástico entre la muchedumbre, que no acertaba á comprender cómo Dolores veía y adivinaba muchas cosas sin el auxilio de los ojos.

Arrojada del convento de Carmelitas de Nuestra Señora de Belen, en el cual pretendió entrar de organista, pasó á Marchena, donde tomó el hábito de *beata*, que conservó toda su vida. Desde entonces fué en aumento la fama de su santidad y de los especiales favores divinos que había recibido: llamaba al Niño Jesús el *ñinosito*, tenía largas conversaciones con su ángel custodio, y acabó por pervertir en Lucena á otro de sus confesores, como había pervertido al primero.

Encarcelado el confesor, y recluso luego en un monasterio lejano y de rígida observancia, volvió á Sevilla la beata, perseverando por doce años en la misma escandalosa vida, hasta que uno de sus confesores la delató y se delató á sí mismo en Julio de 1779, viniendo á confirmar sus acusaciones el testimonio de muchos vecinos de la fingida santa.

El proceso duró dos años, porque la beata estuvo pertinacísima en no confesarse culpable, sosteniendo, por el contrario, que había sido favorecida desde los cuatro años con singularísimos dones espirituales, aprendiendo á leer y escribir sin que nadie la enseñase, manteniendo continuo y familiar trato con Nuestra Señora, liberando millones de almas del purgatorio, y habiéndose desposado en el cielo con el Niño Jesús, siendo testigos San José y San Agustín. Todo en premio de las flagelaciones y martirios corporales que voluntariamente se imponía.

En vano se la sorprendía en las más groseras contradicciones: en

¹ Vid. Latour (Art.) *L'Espagne religieuse et littéraire*, (Paris, Michel Levy, 1863) págs. 271 á 303. Los datos de que se valió fueron una relación publicada en 1820, y una carta que un fraile de Sevilla escribió á Jove-Llanos al día siguiente del auto.

vano agotaron sus esfuerzos por convertirla los más sábios teólogos y misioneros del tiempo, entre ellos el mismo Fr. Diego de Cádiz, que la predicó sin intermisión durante dos meses, retirándose al cabo convencido de que aquella mujer tenía en el cuerpo el demonio molinista. Ni el temor de los castigos inminentes y aún de la hoguera, ni el desconsuelo y la deshonra de su familia bastaron á torcerla ni á conseguir que dudase un momento. Dijo que moriría mártir, pero que á los tres días mostraría Dios su inocencia y la verdad de sus revelaciones y la sabiduría de sus discursos, como así se lo había anunciado el mismo Dios en vision real.

Algunos la juzgaban poseída y frenética, y ella procuró hacer actos de verdadera energúmena, para salvarse por tal medio, pero así y todo fué relajada al brazo seglar, en 22 de Agosto. Oyó la sentencia sin conmocion ni asombro ni muestras de pesar, temor ó arrepentimiento. En los tres días que pasó en la capilla, continuaron visitándola y exhortándola los teólogos y el mismo gobernador eclesiástico de la diócesis, pero ni áun tuvieron persuasion bastante para hacer que se confesase.

La beata salió al auto con escapulario blanco y coroa de llamas y diablos pintados, que aumentaban el horror de su extraña figura. Un fraile mínimo que iba cerca de ella, el P. Francisco Javier Gonzalez, exhortaba á los circunstantes á que pidiesen á Dios por la conversión de aquella endurecida pecadora. Por todas partes sonaron oraciones y lamentos: sólo la beata permanecía impassible, contribuyendo su ceguera á lo inmutable de su fisonomía.

Acabada la lectura del proceso, subió al púlpito el P. Teodomiro Diaz de la Vega, del Oratorio, famoso en Sevilla por su piedad y ejercicios espirituales, é hizo breve plática al pueblo, mostrando la clemencia del Santo Oficio é implorando de nuevo las oraciones de los asistentes, para que Dios se apiadase de aquella desventurada, moviendo su endurecido corazón á penitencia.

Hubo que amordazar á la beata para que no blasfemase, y el Padre Vega llegó á amenazarla con el Crucifijo. Y no parece sino que ésta sublime cólera labró de improviso en aquel árido espíritu, porque vióse á la beata prorumpir súbitamente en lágrimas, y apenas llegada á la plaza de San Francisco, pedir confesión en altas voces, lo cual mitigó el rigor de la pena y dilató algunas horas el suplicio. Murió con muestras de sincero arrepentimiento, pidiendo á todos perdón por los malos ejemplos de su vida. Fué ahorcada, y después entregado su cadáver á las llamas. El pueblo la tenía por hechicera

y afirmaba que *ponia huecos*, mediante pacto diabólico y extraños brevajes.

V.—EL CURA DE ESCO.

AMBIEN fué extraño caso de Inquisición, y tal que hay que separarle de los restantes, el de D. Miguel Solano, cura de Esco, fallecido en 1805 en los calabozos de la Inquisición de Zaragoza. Natural de un pueblo de la diócesis de Jaca, sus únicos estudios habían sido la moral y algo de teología escolástica, pero dotado de génio inventivo y aficionado á las labores agrícolas, inventó ó perfeccionó varios aparejos de labranza, que le dieron fama en las Sociedades Económicas. Luego se enfrascó en la lectura de la Biblia, y dió en mil extrañas imaginaciones, hasta formarse un sistema religioso propio, basado en la individual interpretación de las Escrituras al modo protestante. Rechazaba, pues, y tenía por falso cuanto no veía expreso en el sagrado texto, literalísimamente entendido: negaba el purgatorio y el primado del Papa, y solía predicar contra los diezmos. De todo esto hizo un tratado, que envió al Obispo de Zaragoza y á varios teólogos, con lo cual la Inquisición no pudo ménos de procesarle. Su primera intencion fué huir á Francia, pero tal fanatismo tenía y tan persuadido andaba de la justicia de su causa, que desde Oleron vino él mismo á ponerse en manos de los inquisidores. Despues de muchas discusiones teológicas en que él se mantuvo firme en tener por única regla de fé la Escritura y la inspiración privada, rechazando la autoridad de Papas, Doctores y Concilios, fué relajado por dos veces al brazo seglar. Pero tal era la masedumbre de la Inquisición entonces, que la Suprema se propuso á todo trance salvarle, haciéndole declarar loco por el médico de su pueblo. En esto adoleció gravemente Solano, pero ni áun así quiso dar oídos á las exhortaciones evangélicas del P. Santander, Obispo auxiliar de Zaragoza. Murió Solano en las cárceles: no se le concedió sepultura eclesiástica, y fué enterrado secretamente dentro del mismo edificio de la Inquisición, por la parte del Ebro. Separándose los inquisidores de la costumbre, ni procedieron contra su memoria como hereje contumaz, ni le quemaron en effigie¹.

¹ Vid. Liorente (tomo IV, ed. 1818) págs. 127 á 132 y en la adición final, págs. 502 á 504.

ADICION Á ESTE CAPÍTULO

¿PUEDE CONTARSE ENTRE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES AL PADRE LACUNZA?

ADICION antigua y venerable, así de los hebreos como de los cristianos, aceptada y confirmada por algunos de los Padres apostólicos y por el apologista San Justino, afirmaba que el estado presente del mundo perecerá dentro del sexto millar. Para ellos los seis días del *Génesis* eran, á la vez que relato de lo pasado, anuncio y profecía de lo futuro. En seis dias había sido hecha la fábrica del mundo, y seis mil años había de durar en su estado actual, imperando luego justicia y bondad sobre la tierra, y siendo desterrada toda prevaricacion é iniquidad. Este sétimo millar de años llámase comunmente el reino de los *milenarios* ó *chilastias*. San Jerónimo (sobre el cap. XX de Jeremías) no se atrevió á seguirla ni tampoco á condenarla, ya que la habían adoptado muchos santos y mártires cristianos, por lo que opina que á cada cual es lícito seguir su opinión, *reservándolo todo al juicio de Dios*. Lo que desde luego fué anatematizado es la sentencia de los *milenarios* carnales, que suponían que esos mil años habían de pasarse en continuos convites, francachelas y deleites sensuales.

El parecer de los *milenarios puros* ó *espirituales* tuvo en el siglo XVIII un defensor fervorosísimo en el jesuita chileno P. Lacunza, uno de los desterrados, varon tan espiritual y de tanta oracion, que de él dice su mismo impugnador el P. Bestard que «todos los dias perseveraba inmóvil en oracion por cinco horas largas, cosido su rostro con la tierra». Ahogóse en uno de los lagos del Alta Italia, muy á principio de este siglo, y no parece sino que aquellas aguas ahogaron tambien toda noticia de su persona, aunque esta oscuridad, que no han conseguido disipar los mismos bibliógrafos de su Orden, no alcanza á su doctrina, que tuvo larga resonancia y provocó muchas polémicas, ni á su obra capital *La Venida del Mesías en gloria y majestad*. Compúsole en lengua castellana, pero otro jesuita americano la tradujo al